

EL CLIMA DEL AULA COMO UN FACTOR QUE PERMITE PROMOVER UNA EDUCACIÓN PERSONALISTA EN LA PERSPECTIVA DE MOUNIER.

THE CLASSROOM CLIMATE AS A FACTOR THAT ALLOWS PROMOTING PERSONALISTIC EDUCATION IN MOUNIER'S PERSPECTIVE.

Recepción: 16 de Enero de 2024
Aceptación: 26 de Marzo de 2024
Publicación: 21 de Mayo de 2024

Patricia Emma Díaz González

RESUMEN

En más de una ocasión, el educador se enfrenta a la realidad de no lograr que los alumnos aprendan, independientemente del sistema educativo o el nivel en el que trabaje.

Ante este fracaso, los docentes han tratado de corregir aspectos donde se pone en primer plano la disciplina, su filosofía, su epistemología; o bien la didáctica, sus métodos, sus estrategias, pero casi nunca se reflexiona sobre la propia concepción de la antropología del alumno.

El alumno es una persona, por tanto, el ideal y los fines de la educación serán que el hombre vaya siendo una persona cada vez más perfecta como tal, que sea cada vez más persona. De esta manera, el fin de la educación humana, es la personalización, razón por la cual, educar es personalizar.

Así, los profesores tienen la grave responsabilidad de contribuir al “despertar de la persona” en los alumnos y esta noble tarea es factible si se emplea el vehículo del amor y la comprensión, al tiempo que también los docentes prosiguen en su propia ruta de crecer como personas. Sin duda, el mejor escenario donde esto puede promoverse es en la relación interpersonal que se establece en el aula, independientemente de la asignatura de que se trate.

Palabras clave: Educación personalista, Mounier, Clima del aula.

Abstract

All teachers have lived the deception of not achieving their goals; this means not getting their students to learn, whether in elementary school or college.

To reverse this worrying situation, they have tried different strategies related to different aspects of the complicated world that education implies. They have developed new approaches to the philosophy of education, theory of knowledge, didactic teaching methods, and teaching resources, but they seldom consider the student's anthropology.

If one considers that the student is a person and that “the person” is the ultimate explanatory, epistemological, ontological, and axiological principle of all reality, then education should change its goals.

In this perspective, the new, irreducible key to thought, especially regarding social organization, is the human person. For this reason, the purpose of education should comprehensively consider the student's development into the “awakening” of the person.

In this proposal, educators have a primary duty: direct their efforts to contribute to the “awakening of the person” in their students, and this is only possible if they both interact in the classroom through love and comprehension, regardless of the subject that is being taught.

Key words: Personalist education. Mounier. Classroom climate.

Afirma en su obra Ismael Quiles (1974) “todo hombre por ser persona humana es a la vez educando y educador” quienes han dedicado sus esfuerzos a la docencia seguramente están convencidos de ello. La relación que existe entre estos dos actores es fundamental para determinar los resultados del proceso, independientemente del resto de factores que inciden en el quehacer educativo.

Si se acepta que el hombre tiene como esencia el ser persona, el ideal y los fines de la educación serán que el hombre vaya siendo una persona cada vez más perfecta como tal, que sea cada vez más persona, entonces el fin de la educación humana es la personalización, por lo cual, educar es personalizar.

En la propuesta de la educación personalista se afirma que la persona es un ser con una densidad tan fuerte que permanece en sí misma a través de los cambios. (Burgos, 2003. p.44) Es un ser que se posee a sí mismo, capaz de decidir por sí mismo que posee una dimensión material, corporal que está abierto a los demás y necesita salir de sí para realizarse, de la que existen dos modalidades: hombre y mujer; cada una con características especiales, por tanto, la educación debe considerar este universo personal y entonces el fin de la educación debe ser promover el “despertar de la persona”.

Aquí es conveniente trasladarnos al escenario de una clase. Podemos observar, especialmente en la educación media superior, que el profesor de nuestro tiempo se preocupa más por los contenidos disciplinarios del programa que imparte que por la comunicación con los jóvenes.

Desde los planes y programas de estudio aparece la directriz que lleva a los profesores a dedicar buena parte de su tiempo a interesarse por aumentar sus conocimientos. Asisten a cursos, diplomados, especialidades y se promueve que los docentes incrementen sus saberes. Se acompaña también de talleres sobre estrategias didácticas, teorías de la educación, intercambio con pedagogos expertos con el fin de perfeccionar su capacidad de planeación y evaluación; actualmente con el apogeo de las nuevas tecnologías, diseñan clases magistrales muy atractivas, pero pareciera que hay un predominio de las formas por sobre el interés hacia la persona humana que tienen frente a ellos. Acumulan información, se vuelven eruditos y se van alejando de los intereses de las personas que tienen a su cargo, llegando al extremo de deshumanizar a los alumnos y considerarlos tan sólo un componente más del conjunto que llaman “sus alumnos” como si fuera una especie de posesión. Sin embargo, al suponer que el alumno es sólo un individuo más de un colectivo de jóvenes, se establece un abismo entre el profesor y el estudiante, que impide la conjunción de los intereses de ambos. Por tanto, el resultado es diferente al esperado, aunque los profesores dediquen su mejor esfuerzo en el salón de clases, los jóvenes no aprenden.

El fracaso del profesor, es decir, la incapacidad para lograr que los alumnos aprendan se manifiesta en cualquiera de los modelos que se han propuesto, ya sea que se considere a los alumnos como simples receptores (educación bancaria) (Freire, P. 1972. p. 62) o como sujetos autónomos autogestivos. Al enfrentar este fracaso los docentes han tratado de corregir aspectos donde se pone en primer plano la disciplina, su filosofía, su epistemología; o bien la didáctica, sus métodos, sus estrategias, pero casi nunca se reflexiona sobre la propia concepción de la antropología del alumno.

Ya es tiempo de cambiar la idea imperante, el alumno no es una entidad aislada individual, libre e independiente del colectivo, ni una parte de un todo colectivo, el alumno es una persona.

Las teorías educativas, las políticas públicas relacionadas con la educación, la pretensión de la educación, los sistemas educativos, los modelos pedagógicos, las teorías didácticas no pueden conformarse con formar individuos como si fueran autómatas, sin considerar que la persona se forma a sí misma y que lo que todas las entidades educativas debieran buscar es diseñar el escenario en donde esto ocurra.

Dentro del entorno de esta concepción, la clase se convierte en el ámbito propicio donde esta conjunción de factores puede presentarse, al recordar que no se está solo, es decir que sólo se puede ser verdaderamente hombre cuando se está en relación con los demás, y un profesor o enseñante sólo lo es verdaderamente cuando hay un alumno que aprende. Para ello es necesario comprender: situarse en el punto de vista del otro, no buscar en el otro a uno mismo, ni verlo como algo genérico, sino acoger al otro en su diferencia.

Aquí cabe recordar a Humberto Maturana (1988) cuando afirmaba que, la praxis en el aula es una conversación en el ámbito de respeto mutuo en donde ocurre una convergencia de intereses. Milicic y Arón (2022) afirman que el clima del aula es: el ambiente físico apropiado, donde se generan actividades variadas y entretenidas; se da una comunicación respetuosa, se va desarrollando la capacidad de escucharse con tolerancia, valorarse mutuamente (profesor y alumnos) y se va desarrollando una sensibilidad especial hacia las situaciones difíciles que pueden estar experimentando.

Por su parte Casassus (2006) concluye, en un estudio al respecto, que el rendimiento escolar de dos docentes igualmente calificados no depende de sus habilidades o técnicas, sino del clima emocional que se presenta en su clase generado por las interacciones sociales. Remarca “las clases no son para alumnos abstractos, sino para alumnos concretos y específicos” (Ibid. p. 86).

Pero aquí se presenta otro riesgo, la idea de formar, se dice que la educación debe formar a los alumnos, pero tal pareciera que estuviéramos modelando objetos, como si nos refiriéramos a moldear un poco de yeso o cualquier material maleable. La persona no puede ser moldeable porque si la consideramos así, lo cosificamos, lo reducimos a un mero objeto.

En el escenario de la clase, la persona del educando es la única realidad que se nos acerca, es un individuo con su circunstancia e historia personal muy particular que de repente va a interactuar con el docente y así de pronto, cada uno forma parte de la realidad respectiva del otro y debemos recordar que “el individuo humano no es el cruce de varias participaciones en realidades generales (materia, ideas, etc.) sino un todo indisociable cuya unidad recompensa la multiplicidad, ya que hunde sus raíces en el absoluto” (Mounier, 2005, p. 13) así la responsabilidad del quehacer docente es muy relevante y la trascendencia de sus resultados de tal magnitud que sus efectos van a tener alcances impensables para bien o para mal de toda la sociedad. Desde esta perspectiva los educadores deben trabajar con este ser espiritual, no contra él. Los valores que se le inculquen por medio del sistema educativo no deben contraponerse a los de la persona responsable, sino trabajar activamente en este proceso de despertar que inicia desde la niñez.

Desarrollo

En la perspectiva personalista de Mounier, el quehacer educativo jamás debe oponerse a este sentimiento de verdadera humanidad y el docente recordar que él también está inmerso en el proceso de despertar de su propia persona. Debe remarcarse que en este proceso de relación que se establece entre educador y educando, es necesario salirse de sí, esto es separarse de uno mismo, desposeerse, dejar de ser el centro de todo y estar dispuesto para los demás. Es necesario comprender al otro, dejar de pensar que yo tengo la razón y buscar solamente los afines a mí, para ser capaz de aceptar la manera de pensar de los otros. En esta forma de comunicación desde dicha perspectiva, el profesor debe ser capaz de comprometerse con el destino del otro y este destino hacerlo propio, en una nueva actitud a la que se debe sumar la capacidad de dar, una capacidad de generosidad que lleve al docente a poner todo lo que tiene al alcance del otro, sin medida ni esperanza de retribución y por último resaltar el valor de la lealtad, la dedicación a la persona en una absoluta continuidad a lo largo de toda la vida, en donde la fidelidad personal se transforma en fidelidad creativa.

En esta nueva convivencia es preciso aprender a tomar sobre uno mismo el asumir, en el sentido de no sólo compadecer, sino de sufrir con el dolor, el destino, la pena, la alegría y la labor de los otros que son los alumnos. Aprender a ser generosos, aprender a dar, sin buscar la reivindicación del pequeño burgués y sin enfrentarse neuróticamente con el destino, como los existencialistas. Por el contrario, se debe aprender que una sociedad personalista se basa, para su riqueza, en la donación y el desinterés, así en este escenario el profesor se da sin esperar más que el gozo de haber participado en la formación de sus alumnos.

Aún más. es necesario que se valore la fidelidad hacia uno mismo y los demás, considerando la vida como una aventura creadora, que se va construyendo día a día en colaboración con los otros. En concordancia con lo que afirma Mounier, (Ibid.) se puede afirmar que no será posible establecer jamás una comunidad si no se asume que lo gratuito, lo simbólico y en general el ámbito de la comunicación han de mantenerse al margen del dinero, que por su propia esencia lleva a romper la cohesión social. Al individualismo que este pensador denunciaba, se añade hoy un predominio en las comunicaciones (que muchas veces hace imposible “la comunicación”) y una interculturalidad que puede comprenderse difícilmente desde una ética dominante que tiene algo de falso paternalismo.

Con este modelo de ser, que se quiere procurar, el profesor o el encargado del sistema educativo debe considerar los elementos que hacen de este joven un ser especial y el enseñante, educador, profesor o guía debe recordar en todo momento que el alumno es un ser único e irrepetible en proceso de alcanzar su dignidad.

El educando tiene sus propias características que lo hacen uno, una entidad especial y capaz al mismo tiempo de relacionarse con otros. Es una persona autónoma con capacidad de decisión que debe aprender a responsabilizarse de sus elecciones y ser respetado en su manifestación individual y grupal. Es una persona en formación que requiere recibir amor que se manifieste en respeto, aprobación y aceptación para de esta manera aprender a amar, respetar y aceptar.

Así, la educación deberá hacer empatar los intereses de la sociedad en la perspectiva de la Persona y con ellos construir un mundo diferente que los lleve por otros derroteros que superen las crisis que la humanidad está enfrentando.

El escenario ideal es lo que hemos definido como clima del aula.

El alumno es una persona en su propio proceso de personalización al que va a llegar a partir de su propia integración desde las realidades impersonales (Mounier, 2005, p. 64) una realidad que no es objetiva porque no existe separada de nosotros, nosotros somos parte de esa realidad. En la educación se habla del sujeto cognoscente y de los objetos de aprendizaje, pero para que estos formen parte de la realidad del alumno tienen que integrarse en el proceso de su personalización.

Si consideramos que el alumno es un ser singular, en un mundo donde sólo existen los todos, la segregación de un espacio separado del resto favorece el desarrollo de diferencias, marginación, discriminación jerarquías etc. niveles que tienen que ver con la forma como opera el cerebro humano pero que no podemos afirmar que corresponda a la realidad y sin embargo es origen de muchos problemas.

Nuestro conocimiento de la naturaleza nos ha llevado a concebir la integración e interacción de todos los factores, sabemos que todo lo que se presenta en la realidad es parte de un todo y, sin embargo, seguimos hablando de la existencia de individuos a manera de parcelas en el grupo. Cuando los docentes iniciamos una clase hacemos distinciones entre los alumnos y nos olvidamos de que no son objetos sino personas, los tratamos como si fueran piezas mecánicas de un rompecabezas; se nos olvida que son seres únicos e irrepetibles que están inmersos en un proceso particular de su formación como persona y que en este proceso la presencia del otro es fundamental para la propia realización.

Cualquiera que sea el escenario del quehacer docente que queramos construir deberá reconocer que la persona sólo crece purificándose incesantemente del individuo que hay en ella, es decir, soy en tanto que existo para los demás y, en el límite, ser es amar. (Ibid. p. 46)

Entonces cualquiera que sea el escenario de la docencia deberá reconocer que la persona es capaz de separarse de sí misma, de desposeerse, de descentrarse, de salirse de sí y al establecer una relación continua hacia los demás, asume el destino de los otros sin medida y sin esperanza de recompensa. Así, afirmamos que el resultado final del acto comunicativo que es la docencia, “es un acto de amor, es la mayor certeza del hombre, el cogito existencial irrefutable: amo, por lo tanto, el ser es, y la vida vale (la pena ser vivida)” (Ibid. p. 49)

Una vez que hemos establecido que dicho escenario es el aula y la complejidad que se genera en ella, vamos a delimitarlo a través de la consideración de un cierto conjunto de factores curriculares, personales y estructurales de la institución educativa de que se trate.

Los factores curriculares más importantes serían: el modelo educativo, los planes y los programas de estudio y las formas de evaluación.

En lo relativo a los factores de los protagonistas de esta magna obra, se considera relevante la caracterización del profesor en cuanto a su preparación disciplinaria, pedagógica, didáctica y de manejo de recursos.

En los alumnos es importante considerar: el nivel educativo, perfil de ingreso, perfil de egreso e intereses vocacionales. Los factores estructurales de la institución serían: las instalaciones y los recursos materiales.

No se debe olvidar que el clima social escolar es muy importante, son las personas las que le otorgan un significado especial a estas “características psicosociales del centro”, que, a su vez, no son otra cosa sino el contexto en el cual se establecen las relaciones interpersonales al interior de la institución y las características mismas de estas relaciones interpersonales. En otras palabras, la percepción que tienen los actores sobre las relaciones interpersonales que se establecen en el centro escolar (a nivel de aula o de centro) y el escenario donde ocurren las interacciones, es el clima del aula.

Si bien los efectos del clima social se hacen sentir en todos los miembros de una institución, por lo que, en general el concepto o la percepción que se tiene del clima social escolar tiende a tener elementos compartidos por todas las personas que pertenecen a un curso o establecimiento educacional; es común también que haya una variabilidad de opiniones y percepciones, pues éstas dependen de (se construyen desde) las experiencias interpersonales que se hayan tenido en esa institución; de tal forma que la percepción que tienen los profesores no coincide necesariamente con la percepción que tengan los alumnos de las características psicosociales de un centro o de las relaciones en el aula (cf. Cancino y Cornejo, 2001).

De cualquier manera, el clima del aula es el escenario más importante donde se establece la relación profesor-alumnos, por lo que debemos tener presente que en nuestra labor buscamos incidir en los intereses personales del alumno, penetrar de alguna manera en su conciencia, pero no olvidemos que “la conciencia íntima no es una covacha donde la persona enmohece, es, como la luz, una presencia secreta que sin embargo irradia hacia el universo entero”. (Mounier, 2005, p. 64)

En nuestro quehacer docente, independientemente de la asignatura que sea motivo de nuestra tarea, debemos comunicar que “la mayoría de los valores tienen una existencia histórica. Nacen a la conciencia de la humanidad en el curso de su desarrollo, como si cada edad de la humanidad tuviera la vocación de descubrir o de inventar para los demás un nuevo sector de valores” (Ibid. p. 105), pero hacer hincapié en que los valores no son conceptos que se puedan enseñar o posesiones que se puedan compartir sino el resultado de la experiencia vivencial de la persona.

Nuestros alumnos son personas que se manifiestan en un dinamismo, “la persona no es el ser, es movimiento de ser hacia el ser, y no es consistente más que en el ser al que apunta” (Ibid. p. 102.). “La persona es, pues, en definitiva, movimiento hacia lo transpersonal que anuncia a la vez la experiencia de la comunión y de la valorización” (Ibid. p. 107) por tanto es fundamental que los alumnos elijan el camino a seguir desde la perspectiva de la comunidad, pues sólo en conjunción con ella ocurrirá el despertar de su vocación.

Cuando el profesor y el alumno se encuentran en el salón de clases, se debe recordar que “cualquier acción humana repercute sobre el sujeto que la realiza y retorna hacia él modificándolo porque es, justamente, un sujeto una subjetividad quien pone en el mundo esa acción, y no puede hacerlo sin ser, por ello mismo, modificado.” (Mounier, 2002. p. 308.) Entonces ambos actores del proceso educativo deben ser conscientes de los efectos de su presencia en el otro.

El personalismo involucra principalmente a dos áreas filosóficas, la antropología y la ética. La tarea educativa también es objeto de estudio de dichas disciplinas, por tanto, es necesario analizar en profundidad los puntos en donde coinciden. La mayoría de los humanos aceptamos que la “experiencia: proceso primario y vivencial por el que la persona se relaciona con el mundo” (Ibid. p. 343.) es fundamental en nuestra educación, por tanto, debemos analizar su desarrollo con detenimiento. La experiencia coincidimos con Mounier, 2002, “es el origen absoluto del conocimiento”

Entonces en la interacción maestro alumno hay una conjunción de dos o más conciencias y la conjunción de dos o más experiencias que pueden enriquecernos mutuamente, de tal manera que en la experiencia docente el maestro y el alumno avanzan en su mutua formación como personas.

Es evidente que aún en las escuelas más interesadas en la promoción de la caridad y el amor al prójimo se ha pasado por alto que “antes de que dos hombres se reconozcan mutuamente el privilegio de su dignidad de hombres, aún los acecha una tentación: la de subyugar al otro o de subordinarse a él, abdicando o pisoteando la libertad de adhesión que cimienta desde su base al orden humano.” (Ibid. p. 533.) Los vapores que envuelven en una bruma el conocimiento de las relaciones interpersonales también han contribuido al error, “así como la necesidad pasiva de cariño se confunde a menudo con el amor, estos pseudo-acatamientos parásitos suelen ser tomados por valores morales de obediencia y de respeto.” (Ibid. p. 538.)

En nuestros sistemas educativos actuales hablamos mucho de la autogestión, pero “la formación de la autonomía es el resultado de una disciplina continua que no excluye de manera alguna a las dependencias de índole superior, plenamente consentidas, lúcidas, deliberadas y armadas. El proceso de la emancipación es delicado, y exige numerosas circunstancias coadyuvantes: una iniciación sexual oportuna, una precoz instalación en la atmósfera de las responsabilidades (profesión, matrimonio, paternidad), la práctica progresiva del mando, aunque sea en una organización juvenil, y un desarrollo resuelto y despejado del trato familiar y social” (Ibid. 545.) aspectos todos que frecuentemente marginamos por interesarnos más en los contenidos de la materia.

En nuestros sistemas escolares públicos, a veces saturados, pensamos que por el sólo hecho de que el hombre es gregario y los alumnos comparten espacios y a veces intereses, se desarrolla automáticamente el respeto al otro, pero: “el sentido de los demás sólo comienza, no con la aceptación de otro yo-mismo, sino con la de otro ser diferente o discrepante de sí mismo. Dicho asentimiento es el acto de una persona, constituida, de acuerdo con nuestra condición, en una multiplicidad generosa; y este gesto es tan fundamental para ella como la conciencia de su propia realidad.” (Ibidem). El sentido de los demás es inseparable del sentido de la interioridad. “El otro” es mi semejante, es decir, “otro yo-mismo”. (Ibidem).

A manera de conclusión

La formación de la persona en el hombre, al igual que la educación, comienza desde el nacimiento. La educación escolarizada, cualquiera que sea su duración, no debe oponerse sino contribuir a esta misma formación. El hombre que alcanza la conciencia de ser persona es un hombre dueño de sí mismo “el hombre resuelto se compromete en todo acto no en todo hecho consigo mismo y con los demás hombres; y en este continuo compromiso conforma su personalidad en el marco de la exigencia individual y colectiva” (Capitán, A. 1978. p. 57.) Los docentes debemos tener claro que el equilibrio de la personalidad exige la participación activa de todos los sectores del yo, y comienza a hacerse evidente que la vida subconsciente no es exclusivamente irracional y destructora.

Los maestros debemos estar conscientes de la importancia de considerar en todo momento educativo las características del yo de las personas que estamos formando. “El yo vive dos aventuras simultáneas: una de ellas en profundidad, hacia las fuentes del tiempo; la otra en expansión, en la amplitud del espacio.” (Mounier, 1955. p. 743.) Es en esta proyección al espacio donde entran nuestras asignaturas como parte de la formación del yo.

En este punto de la responsabilidad del docente Mounier nos recuerda que “la virtud, y las altas cúspides de la calidad humana, no se encuentra en una medianía; se hallan más bien en el equilibrio sobre una cresta que divide a dos vertientes opuestas: bondad y lucidez, mansedumbre y virilidad, accesibilidad y retraimiento, moderación y audacia, prudencia y generosidad, simplicidad y penetración. Si se insiste en hablar de la posición medianera de la excelencia espiritual, es preciso especificar que se alude a un centro de razón y no a una equidistancia de ubicación; de tal manera que el “justo medio” puede encontrarse a veces del lado del comedimiento, pero en otros casos estará colocado del lado de la pasión.” (Ibid. p. 782.)

En suma, los profesores tenemos la grave responsabilidad de contribuir al “despertar de la persona” en nuestros alumnos y esta noble tarea es factible si utilizamos el vehículo del amor y la comprensión, al tiempo que también nosotros seguimos nuestra propia ruta de crecer como personas. Sin duda, el mejor escenario donde esto puede promoverse es en la relación interpersonal que se establece en el aula, independientemente de la asignatura de que se trate.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aron, A. M., Milicic, N., & Armijo, I. (2012). Clima Social Escolar: una escala de evaluación -Escala de Clima Social Escolar, ECLIS-. *Universitas Psychologica*, (Vol. 11, Número 3, pp. 803-813).

Burgos, J. M. (2003). *Antropología: Una guía para la existencia* (5.ª ed.). Palabra.

Capitán, D. A. (1978) Persona y educación en Mounier. *Revista Española de Pedagogía*. (Vol. 36, Número 139, pp. 57).

Casassus, G. J. (2006). Aprendizajes, emociones y clima del aula. Paulo Freire. *Revista de Pedagogía Crítica*. (Vol. 7, Número 6, pp. 81-95).

Cornejo, R., & Redondo, J. M. (2001). El clima escolar percibido por los alumnos de enseñanza media. Una investigación en algunos liceos de la Región Metropolitana. *Última Década*. (Volumen 15, pp. 11-52).

Freire, P. (1970). *Pedagogía del Oprimido*. Siglo XXI.

Mounier, E. (2002). Manifiesto al servicio del personalismo. *El Personalismo. Antología Esencial*. Sígueme. S.A.; Colección Hermeneia.

----- (2005). *El Personalismo*.

----- (1965). *Revolución personalista y comunitaria*. Taurus.

----- (1955). *Tratado del carácter*. Ediciones Antonio Zamora.

Quiles, Ismael. (1974). La Educación Personalista según Teilhard de Chardin. Sobretiro de Humanitas. Universidad Autónoma de Nuevo León. (Número 15).

Sandoval, M. M. (2014). Convivencia y clima escolar: claves de la gestión del conocimiento. Última década. Proyecto juven-
des. (Número 41).

Derechos de Autores (2024) Patricia Emma Díaz González.



Este texto está protegido por la licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Usted es libre de Compartir - copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato- y Adaptar el documento -remezcla, transformar y crear a partir del mate-rial- para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licencian-te o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de la licencia - Texto completo de la licencia](#)